

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 15 de Octubre de 1899.

Número 16

Bellas Artes.



Una Partida de Dados.

RECONSTRUCCION DE UNA ESCENA DE LA EDAD MEDIA

Por Tyszkiewicz.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Por fin llegaron las tardes de Otoño con sus brumas de rosa y sus crepúsculos de cristal, con sus paisajes dorados y melancólicos y su aire fresco y transparente que trae el acre perfume de las hojas secas y de las flores moribundas.

Son divinas estas tardes de Octubre en cuyos horizontes hace el sol inconcebibles juegos de luz. Sobre la seda azul de las montañas, pringada de gemas chispeantes, encórvase el acero luminoso de los cielos sobre el cual se desfilan las nubes en diáfanos y caprichosas fantasías. Y abajo, en los llanos y en las campiñas, tiende la claridad su red sutil y deslumbradora, clavada á la tierra, aquí y allá, por largos y frágiles dardos de sol. Es este un Otoño nuestro, matizado y lleno de savia, en el que la naturaleza se ve más hermosa que en primavera, como una mujer de veinte años, embellecida por el amor y por el deseo, es más hermosa que la niña de formas angélicas que ni sabe aún ataviarse ni conoce la alegría de vivir.

En otras partes, el Otoño es áureo y rojizo, de un tono uniforme y seco, que no es otra cosa que la transformación rápida del verde muerto. La tierra no tiene jugo ya; está fría, y en vano los árboles la cubren con hojas para devolverle el calor. Todo el día cae por los senderos y los surcos, una lluvia de alas amarillas que el viento se entretiene en arrancar de las obscuras ramazones.

En nuestro Otoño, el verde no muere; se enferma nada más, palidece, toma un suave tinte flavo y lívido que es de una infinita variedad de campo á campo, de tronco á tronco, y de rama á rama. No es el oro viejo, monótono y sin brillo, el que cubre la arena gris de los caminos y que mariposea en los aires y los llena; es la esmeralda jugosa, bañada en luz de plata, con dulces reflejos de sangre anémica ó matices de púrpura desteñida. La tierra tiene savia; sólo que está perezosa y soñolienta, y quiere dormir un poco porque como el sol la ha acariciado tanto, se siente cansada de dar flores, de la misma manera que una amante que se fatiga de dar besos....

* *

Los diarios de información se han entretenido durante la semana en pormenorizar dos sucesos, no originales, ni extraños siquiera; pero sí interesantes: el proceso de unos ladrones de cincuenta mil pesos, y la aprehensión de otros, que, con hábiles combinaciones, engañaron á un rico español para robarle algunos miles.

Estas noticias serían de una aburridora insignificancia, si en ellas no apareciera el tipo del héroe novelesco, de folletín, hecho con un poco de Rocambole y otro poco de Conde de Montecristo. Hablo del ladrón de levita, del misterioso personaje que se presenta en sociedad con los aparatosos modales de un actor, de un galán joven, que viste con elegancia, come y bebe con esplendor, sabe bailar boston, y habla del honor como de un ideal ya conquistado y seguro.

En las sociedades exquisitamente civilizadas se presenta este caballero con bastante frecuencia y sus proezas hayan en ellas campo libre y rico. La vida de estos hombres debe de ser interesante y curiosa por extremo; debe de estar compuesta de escenas y episodios jocosos, como las memorias de Casanova, con un gran fondo de filosofía callejera, perversa y amarga, en cuyo vulgar pesimismo no palpitará otra cosa que una gran sed de placer y un sensualismo encanallado y brutal. La educación les ofrece poderosos recursos para llevar á cabo sus fechorías; y la moda y la urbanidad ponen á su disposición agradables disfraces para ocultar sus intenciones y malevolencias. Son hábiles prestigitadores, comediantes de buena escuela, y andan por esos mundos, urdiendo planes y fraguando acechanzas entre el estruendo de una orgía inacabable, como si la sociedad fuera para ellos lo que para los romanos de Petronio, fué la casa de Trimalción.

No era común entre nosotros este peligroso embaucador. Nuestro era y henchía las cárceles el tipo del ladrón miserable que, por las noches, en las calles solitarias, hurtaba, puñal en mano, y echaba á correr con el reloj y la bolsa á su lejano escondite, á su tenebrosa Corte de los Milagros. Nuestro era el haraposito, el hambriento, el vagabundo, que, ignorante y estúpido, arrebatada á la existencia, para poder vivir, lo que ella no le daba de buen grado. Pero este malhechor era fácil de conocer, y la policía lo atrapa con facilidad entre sus mil y tres tentáculos.

Mas al ladrón refinado, al elegante, al que flanea por el boulevard del brazo de los amigos aristócratas, al que asiste á teatros y clubs, juega al bacarat, va

en carruaje al paseo, galantea á las perdidas de moda, y desafía á los que se atreven á poner en tela de juicio su nobleza, á ese autor de estafas y engaños, á ese flamante Picolet, no le vemos aparecer sino de cuando en cuando, en los anales del presidio.

Hoy, quizá por primera vez, nos damos cuenta de que nos invadió la plaga y de que la propiedad tiene un nuevo enemigo, más terrible que el pobre ratero que va entre la multitud, avispado y audaz, buscando la punta de un pañuelo que extraer, y que el legendario saltador de caminos, que antaño, iba por escarpaduras y vericuetos, exponiendo la vida, en persecución de algún convoy imaginario.

* *

El teatro Nacional, durante nueve ó diez meses del año, es una jaula abandonada; una jaula, muy vieja y grande que acaba de abrir sus puertas á una buena bandada de aves que vienen de los antiguos bosques en que soñaba Mignon.

Por la página que hoy publica el Semanario, se comprenderá que la belleza es la nota dominante en la compañía de Sieni.

Primero, veamos á las artistas. ¿Verdad que son bellas? Ahora; silencio, vamos á escucharlas....



La vanidad y la muerte.

Dicen que la vanidad sobrevive al hombre, que lo acosa y persigue más allá de la vida y más allá de la tumba; que el instinto de la ostentación, del atavío, del lujo, que la sed de llamar la atención y de producir impresión no tiene por límites los mezquinos y estrechos de la humana existencia y que perdura y subsiste cuando el último soplo se ha disipado.

En vida, el hombre quiere ser visto, distinguido, admirado; anhela fijar la pupila del público y atraer la mirada de la posteridad. Pasar inadvertido es el más cruel de los tormentos y la más dolorosa de las desgracias; brillar, figurar, oír vibrar su nombre en las múltiples trompas de la fama; despertar, y si posible es, acaparar la simpatía, la atención, la admiración de los demás hombres parece ser la dicha suprema, el éxtasis sublime.

Por dejar de ser nadie ó uno de tantos, no hay empresa que el hombre no acometa, ni aventura que no emprenda, ni peligro que no afronte, ni catástrofe á que no se exponga. Lo que los capitanes llaman gloria, los poetas fama, los estadistas prestigio, los financieros renombre no son sino formas de la humana vanidad.

No hay guerrero que no pretenda ofuscar á Alejandro ó á Napoleón, ni artista que no aspire á hacer olvidar á Miguel Angel, ó á Leonardo; ni financiero que no anhele desbancar á Vanderbilt ó á Gould. Desde el fondo de su buhardilla el último de los poetas sueña con los lauros de Homero y desde el fondo de su tonel todos los Diógenes envidian á todos los Aristóteles.

Una pasión tan intensa no puede menos de extrañarse, cegarse y ofuscarse á menudo, y si hay quien vincule la vanidad en el talento, en la virtud, en el heroísmo útil, en el sacrificio necesario, en el trabajo fructuoso y en la riqueza legítima, no faltan quienes la finquen en el vicio, en el crimen, en la extravagancia. Diógenes aspira á singularizarse y á brillar más por sus andrajos y su cinismo que por la profundidad de su filosofía; Byron estima en más sus escándalos que sus poemas y aspira antes á ser D. Juan que á escribir su epopeya. Erostrato, no teniendo de que echar mano, se hace incendiario para pasar á la posteridad y lo consigue.

Otros, de un género más inofensivo, se arruinan por gastar lujo ó se dejan crecer una barba monumental, como único título á la admiración, y los hay que comen en cuchillas ó duermen en su ataúd como se dice de Sarah Bernhardt. El medio es lo de menos, el fin principal es no pasar inadvertido.

Entre los vanidosos del género inofensivo figuran los que están poseídos de la vanidad del sepulcro. La magestuosa columnata y la cúpula arrogante bajo la cual lloraba su viudez Artemisa; las monstruosas pirámides que guardan los restos de los reyes egipcios; los templos interminables en que duermen su último sueño los príncipes indios, son monumentos desmesurados de la desmesurada vanidad humana. Felipe II se construye como tumba todo un escorial; los reyes de Francia no quieren menos que la basílica de Saint Denis para abrigar sus restos; la abadía de Westminster parece pequeña á los monarcas y grandes hombres ingleses; Napoleón I miraba el Panteón con la restricción mental de que le sirviera de sepulcro y tuvo que contentarse con los Inválidos.

En menor escala los modernos sabemos construir suntuosos mausoleos para abrigar nulidades; en el

Pére Lachaise, en París, hay un monumento llamado el pilón de azúcar, rival de la torre d'Eiffel y que casi ni se sabe de quién es; en el famoso cementerio de Génova hay un sepulcro, con estatua en pie admirablemente cincelada y pedestal armonioso y elegante, todo de mármol de Carrara y suscrito por grandes maestros. Es de una recaudera que vivió en la más sórdida miseria, que se privó de todo, que no disfrutó de nada, que sisó en el peso y la medida de sus legumbres y economizó sueldo á sueldo los ciento y tantos mil francos que destinó en vida para levantar su propio monumento. Este sacrificio de la vida para construir la casa de la muerte es un colmo en su género y no conocemos nada más extravagante. Las cenizas de la recaudera deben de estremecerse de alegría en su sepulcro cada vez que el viajero—en los cementerios parece no haber otra cosa—al leer la inscripción que narra la proeza, la califica de pura y simplemente imbécil.

Ver esto los americanos y picarse al juego fué todo uno ¡cómo! la libre América que ha levantado el Capitolio, que construye á diario portaviandas de veinte y treinta pisos para alojar á sus compañías de seguros, que ha fabricado los mataderos y graneros de Chicago con elevadores Atlas capaces de levantar al mundo entero á un quinto piso, había de dejar á la vieja y decadente Europa, á la India védica, á la España medioeval, al Egipto de las setecientas mil dinastías la gloria de poseer los monumentos sepulcrales más vastos, más pesados, más feos y más costosos de la tierra! Pensar esto y caer sobre el pobre de Washington fué todo uno. En el acto se le construyó á guisa de tumba un enorme cirio pascual de cantería que puede verse desde todos los confines de la Unión y cuyo único mérito es la inscripción: *El primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de sus conciudadanos*; igual fortuna epigráfica ya que no monumental, tocó á Franklin con el lema:

*Eirpuit celum fulmine
Cetrunque tiranis*

que en buen romance dice:

Arrebató el rayo al cielo y el cetro á los tiranos.

Ante tan saludable y patriótico ejemplo los reyes del oro, del cobre y del plomo, los del jabón prieto y del azúcar moscabado, del jamón gordo y del petróleo bruto se apresuraron á construirse sus tumbas en relación con sus pingües recursos. El precursor fué Jay Gould que gastó sesenta mil dollars en su sepulcro el cual velaban noche y día unos guardianes con librea negra franjeada de blanco de un gusto irreprochable.

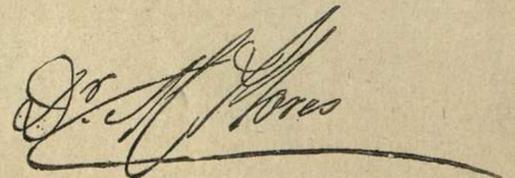
Comenzó entonces la puja, pero Jay Gould, muerto, no pudo ya pujar, y por la primera vez de su vida, ó mejor, de su muerte, perdió en negocio y lo perdió por varios cuerpos de luz. Hutchison le sucedió con una tumba de ochenta mil dollars, construida con un mármol especial, único, cuyas canteras adquirió al efecto de que nadie tuviera tumbas del mismo mármol. Esa previsión lo honra; pero no le ha asegurado el record del sepulcro.

El campeonato recayó por un momento en Robert Golett, cuyo cadáver tuvo la satisfacción de ceñir por breves días el codiciado cinturón. Su sepulcro cuesta ciento veinte mil dollars corridos. Es uno de los más gigantescos de los Estados Unidos; consta de sesenta departamentos con sala de recibir, despacho, y supongo que también buzón y teléfono; es de estilo jónico y como si esto no bastara, imita la disposición interior de los sepulcros hebreos, muy anteriores á las tumbas griegas y romanas conocidas, con lo cual el difunto, que aun vive según creo, revela mucha cronología y mucha congruencia artística, y no incluye—el sepulcro—sino materiales netamente norteamericanos, con lo que prueba—el difunto, que aun vive—su incondicional adhesión al arancel Mac Kinley.

Pues bien, esta maravilla arqueológica, arquitectónica y proteccionista, tiene ya una rival: la última morada de W. A. Clark, el rey del cobre, que por lo visto no quiere dejarlo ver. El monumento costará doscientos mil pesos oro, y hay que esperar que el estilo sea chino y la disposición interior sea la de las tumbas posteriores á todas las conocidas. Si así fuere, Robert Golett no se levantará del golpe, bien que, en obsequio de la verdad, Sir Robert haya construido su sepulcro precisamente con la intención de no levantarse más.

Si así seguimos, acabará por no bastarnos la vida para ganar lo necesario para abrigar nuestra muerte, y tendremos que imitar la avaricia de la verdulera genovesa. A cada paso nos interelaremos:—¿Qué haces de tu dinero que andas tan desarrapado?—Estoy juntando para mi sepulcro.

Y qué menospreciables hemos de ver con el tiempo á la virgen que duerme bajo el rosal, y al poeta que descansa bajo el sauce!.... Casi tan ridículos como á los que andan en calandria.



Cosas antiguas de México.

LA CATEDRAL.

II

DETALLES CURIOSOS.

Se indicó en el precedente artículo que hoy daríamos á conocer algunos datos curiosos de nuestro Templo Metropolitano, y á fé que habrá necesidad de dejarnos mucho en el tintero para dar cabida á lo más culminante, por faltarnos espacio para todo.

Especialmente nos detendremos en detalles del interior de la basílica,

Ya se dijo que en las naves cerradas estaban distribuidas trece capillas, cada una de las cuales merecería un estudio especial. Enumero simplemente lo que más llame la atención.

¿Cómo no fijar desde luego nuestras miradas en la CAPILLA DE SAN JOSE, donde el patriotismo mexicano se agiganta y sepulta entre flores diariamente la urna consagrada que guarda las cenizas de los héroes inmortales, que tornaron en libre y soberana á nuestra hermosa Patria?

Los restos yacían, primero, en la pequeña cripta del Altar de los Reyes; algunos de dichos restos fueron solemnemente transportados á la Catedral la mañana del 17 de Septiembre de 1823, permaneciendo en esa cripta hasta el 30 de Julio de 1895, en que con no menor solemnidad se colocaron en la capilla citada, desde la cual, es de esperarse que cuanto antes se lleven al sitio que el Supremo Gobierno en nombre de la Nación les destina.

La CAPILLA DE SAN FELIPE DE JESUS guarda otro monumento patriótico: el sepulcro de D. Agustín de Iturbide. Pomposamente se hizo la translación de los restos desde Padilla hasta México, por decreto del Congreso de 6 de Agosto de 1838; celebrándose la solemnidad en 27 de Octubre de ese año.

Sobre la urna de madera que encierra otra donde se hallan los huesos, se destaca esta alegante inscripción:

AGUSTIN DE ITURVIDE (SIC.)

AUTOR DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

COMPATRIOTA LLORALO,

PASAJERO, ADMIRALO

ESTE MONUMENTO GUARDA LAS CENIZAS DE UN HEROE
SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

Fuera de la reja de esta capilla, se observa una fuente bautismal, la que, á su vez, está circundada con otra reja de madera dorada. Dícese que en esa pila recibió las aguas bautismales el Santo mexicano Felipe de Jesús. Es dudosa la especie; porque ni aun la partida de bautismo ha podido encontrarse.

La CAPILLA DEL SANTO CRISTO conserva los hue-



Monumento donde yacen los restos de los Héroes de la Independencia

sos del famoso eremita Gregorio López y la del canónigo Juan González, su compañero. Gregorio López aparece siempre en las viejas crónicas como un ser misterioso y singular; las consejas le suponen ser el mismísimo príncipe D. Carlos, el bullente hijo de Felipe II, al cual retirado en su ermita de Santa Fe, en el Valle de México, le sorprendió la muerte al cabo de los años después de una vida austera y ejemplar. Las ruinas de su solitario retiro todavía se conservan.

En la CAPILLA DE SAN PEDRO descansan las cenizas del humilde Arzobispo de México D. Fray Juan de Zumárraga, tras de una lápida de tecalí, que puede verse fácilmente en el muro de la izquierda del observador.

En la de la PURISIMA yacen el Arzobispo Don Lázaro de la Garza y el benemérito franciscano Fr. Margil de Jesús, modelo de virtud y caridad cristianas, fundador de los tres colegios de Querétaro, Zacatecas y Guatemala y de quien *El Nigromante* dijo como el más acabado elogio que «caminando al cielo

sobre las alas de la santidad, dejó profunda huella sobre la tierra!»

Algunas capillas contienen famosos altares churrigueroscos, pero ninguno como los llamaños del PERDON y de LOS REYES.

El primero forma el trascoro del templo. Al decir de Sedano se dedicó en 19 de Junio de 1737. «Se cuenta que un preso pintó la imagen en la puerta de su prisión y esto le mereció su libertad. Torquemada habla de él y dice que es así llamado por las innumerables indulgencias que se han concedido en favor de las almas del purgatorio.»

Efectivamente, la denominación con toda evidencia no le viene por la principal imagen que en el altar se venera; pues desde antes de que el retablo existiera, la puerta principal del Templo frente á la que el altar se encuentra, ya se llamaba del Perdón.

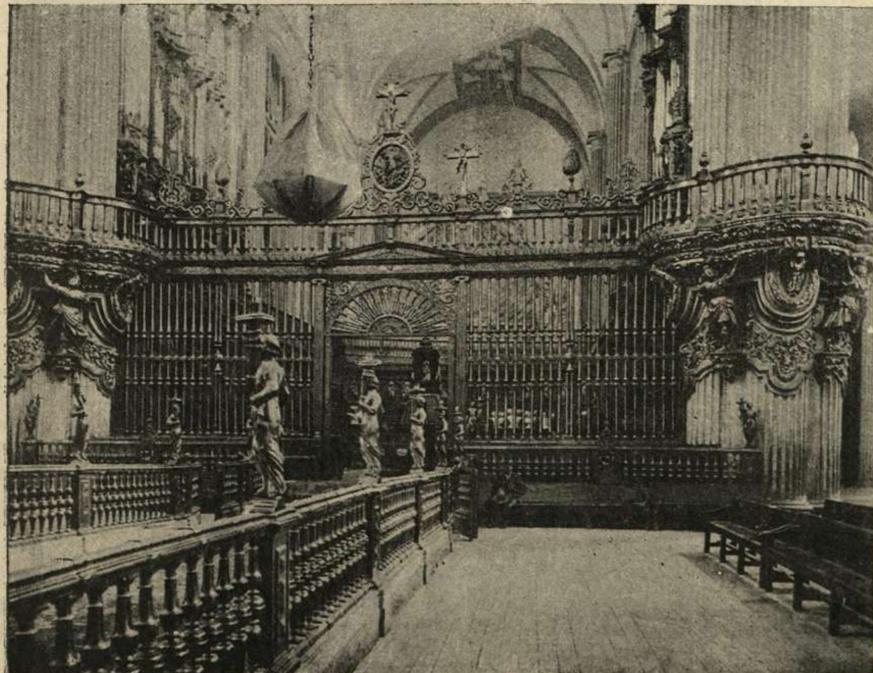
Arriba de la imagen de la virgen está un San Sebastián cuya pintura, en opinión de alguna respetable autoridad, tiene el sabor de la escuela de Baltazar de Echave el viejo. Cabrera en su *Escudo de Armas de México* hace referencia á este cuadro, «como «imagen excelente pintada por una mujer;» quizá alguna de las dos esposas que lo fueron del mismo Echave; aun cuando se ha dicho por error que la artífice fué una señora apellidada *Sumaya*, confundiendo este nombre con el del lugar donde Echave nació en España.

El Altar de los Reyes es también nuestra famosa de ese estilo original inventado por el español Churriguera, que no por ser extravagante nota de un arte decadente y singular, deja de ser rico y de maravilloso efecto. Está colocado, como en nuestro primer artículo indicamos, en el ábside del Templo ocupando todo este lugar con sus tallados ornatos, su colección de santos y de reyes bíblicos esculpidos y pinturas originales de celebridades

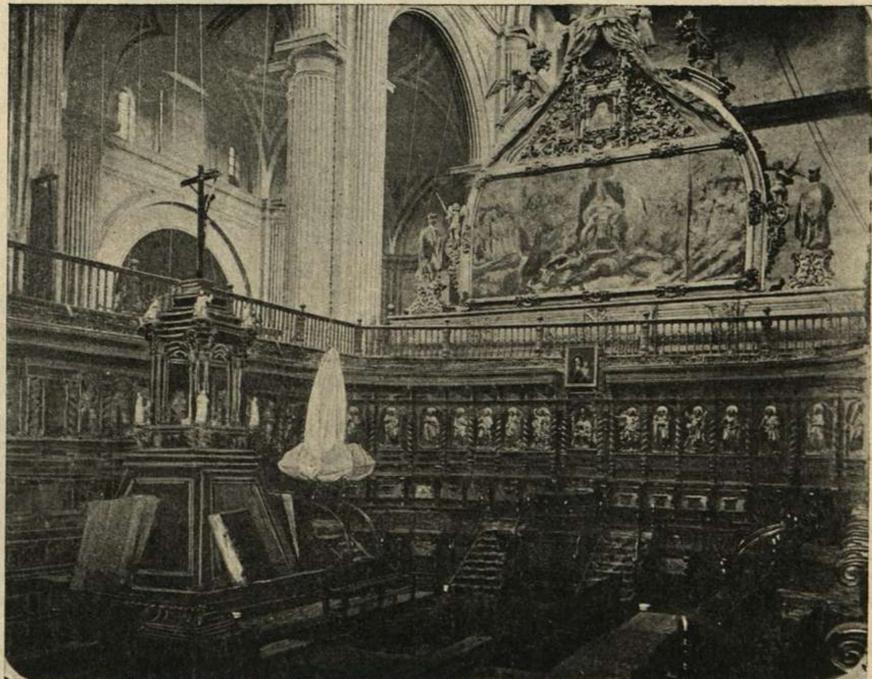
mexicanas y españolas. Citaremos especialmente el gran cuadro de la Asunción de la Virgen, titular de la Catedral, obra del pincel de Juan Rodríguez Juárez, hermano de Nicolás apellidado el Apeles Mexicano; así como el lienzo que representa la Adoración de los Reyes.

Bajo la bóveda de la nave mayor se yergue el altar principal de la basílica, el Ciprés, ante el que se celebran las más solemnes funciones del Templo Metropolitano, y en el mismo sitio donde se alzó el Ciprés antiguo que fué reemplazado por el actual, que es de escayola, en 15 de Agosto de 1850, edificándolo el arquitecto Don Lorenzo de la Hidalga.

Un detalle histórico curioso: cuando en 2 de Febrero de 1656 se verificó la primera dedicación del Templo, después de la procesión se descubrió al Santísimo é hizo la señal para empezar la misa solemne; pero tan luego como se hubo acabado el *Intróito* fueron, respectivamente, ocupando los cuatro



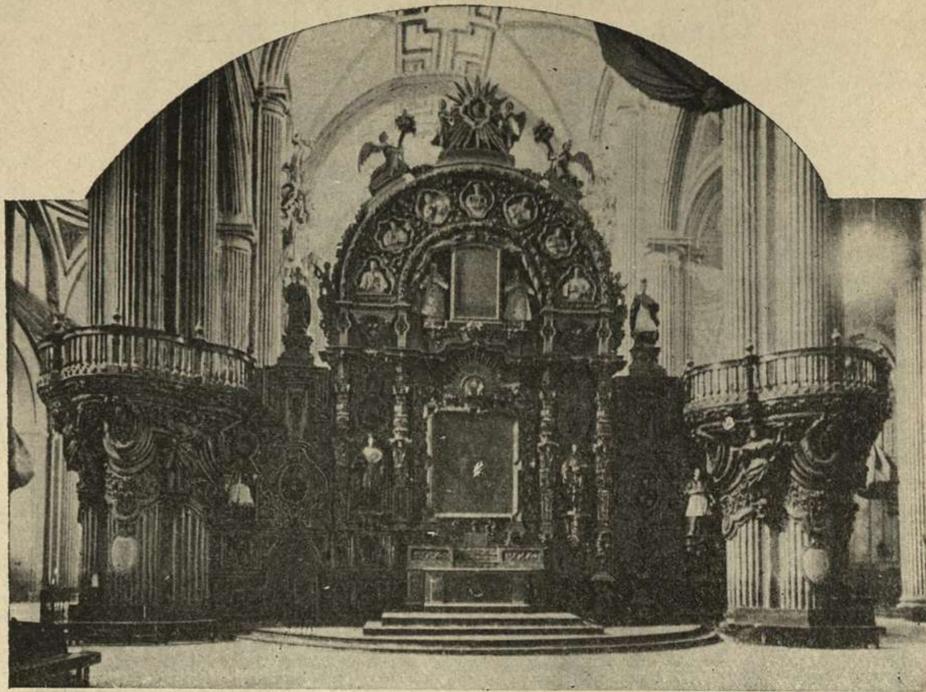
Reja del Coro



Sede Arzobispal y sillería del Coro

altares del Ciprés, cuatro prestes con sus ministros, ciriales, incensarios, maestros de ceremonias y acólitos, correspondiendo á cada grupo otros tantos coros de cantores; cantáse áo su tiempo cuatro misas, que fueron: la del deán de la Catedral, por la dedicación de la Iglesia; la del arcediano, dedicada al Santísimo; la del provisor, por la Purificación; y la del tesorero, por la Asunción. Las ceremonias todas se veían simultáneas y completas y á «la novedad—dice el cronista Guijo—de cantarse cuatro misas á un tiempo, juzgando por acto de mofa, concurrió á la Catedral todo el reino y religiones, que quedaron confusos y admirados de ver el acto más grave y más grande que la iglesia de Dios ha usado, y lo que más admiró fué ver obrar á cada uno lo que competía, como si fuera solo, guardando sus ceremonias con toda autoridad y limpieza, sin confundirse ni ellos ni sus ministros, acólitos y músicos.»

Réstanos hablar de algunos otros detalles, muy especialmente de las ricas alhajas que poseía la catedral, las



Altar del Perdón

cuales enumeraremos en el próximo y último artículo relativo á nuestra interesante basílica.

JESUS GALINDO Y VILLA.



Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores la Prima del gran wals de

FEDORA.



LA CUESTION DEL TRANSVAAL.

EL MANIFIESTO DE LOS BOEROS.

El manifiesto de los Boeros, al cual nos referimos al comentar la caricatura que en la siguiente plana verán nuestros lectores, establece cifras muy elocuentes: que la monta de los impuestos percibidos sobre las minas del Transvaal es inferior al 10 por ciento del producto, y que éste se abate á medida que la cifra total del rendimiento va en aumento. En todo caso, particularidad cómica, es menor que el que el gobierno inglés deja que rija en el Klondike por el gobierno canadense. Por otra parte, las medidas de policía tomadas en el Transvaal contra los robos co-

La ilusión sería tanto más difícil de mantener, cuanto que M. Chamberlain se encarga de disiparla. En efecto, él pretende que los Boeros no han podido desembarazarse jamás de esa cualidad de súbditos ingleses, de la cual los bienaventurados utlanders pueden desvestirse tan fácilmente.

La cualidad de súbdito británico se pega á la piel de los Boeros como una lepra, de la cual no han podido curarse desde hace más de sesenta años, aun cuando hayan tomado más de un baño higiénico.

En 1836 los Boeros renunciaron á ella solemnemente por un elocuente manifiesto firmado por Pedro Retief, descendiente de uno de los trescientos

cia sobre todo la política tortuosa del gobierno colonial. Lo que prueba superabundantemente que la cuestión de la esclavitud era secundaria, es que Pretorius, el Washington del Africa Austral, se apresuró á abolir la esclavitud, apenas fundó un Estado republicano y á condenarla como un acto imcompañable con todo gobierno libre. Por otra parte Retief mostró un poco más tarde cuales eran los verdaderos enemigos ante los cuales huían los Boeros. El artículo primero de la Constitución de la República que él estableció, prohibía «á los misioneros de la Sociedad Bíblica de Londres poner ahí los pies.»

Sobre todo trataba de evitar á los colegas del



Boeros en armas.



Los voluntarios.

metidos por el personal minero, son menos severas que las que se han adoptado en Kiembrley, en el distrito que el gobierno inglés administra soberanamente desde que se apoderó de él, con desprecio del derecho de gentes.

La solicitud que el Colonial Office experimenta para ayudar á los uitlanders á despojarse de su derecho de súbdito británico, como se despoja uno de su sobretodo al entrar á un salón, sería inexplicable si M. Chamberlain no preparase un raid electoral, destinado á reparar el mehec del raid militaire de M. Rhodes.

¿Se puede creer que las autoridades del Transvaal sean demasiado ígneas para dejar entrar en su República á un caballo de Troya tan grosero?

hugonotes franceses que los Estados Generales enviaron al Cabo en 1838. Los franceses adoptaron las costumbres y la lengua de los bravos colonos que los recibían como hermanos. Pero comunicaron el ardor de los Teodoro de Beza, de los Celigny y de los Agripa de Aubigen, á esas gentes de las cuales hicieron un pueblo decidido á vivir ó á morir republicanamente.

El manifiesto de Pedro Retief es una pieza que un Priestey, un Lafayette ó un Franklin habrían firmado con sus dos manos. No se limita como se ha dicho falsamente á protestas contra la emancipación de los esclavos, acto admirable que hará el eterno honor del parlamento británico, sino que denun-

farmacéutico abarrotero Pritchard, y prefería exponerse á la zagaya de los zoulous mejor que á los golpes de aguja emponzoñada de esos traficantes de devoción y virtud al más alto precio. Como los hebreos, que se iban al desierto para conservar su lengua, su manera de orar á Dios, su libertad de acción, así los boeros querían no una policía impotente para protegerlos, querían defender ellos mismos sus mujeres, sus hijos, sus ganados y todos sus bienes, no querían exponerse á ser ahorcados por los verdugos de su Graciosa Magestad como algunos de ellos lo habían sido.

En cuanto á los odiosos tratados de 1815, el sólo



Artillería del Transvaal.

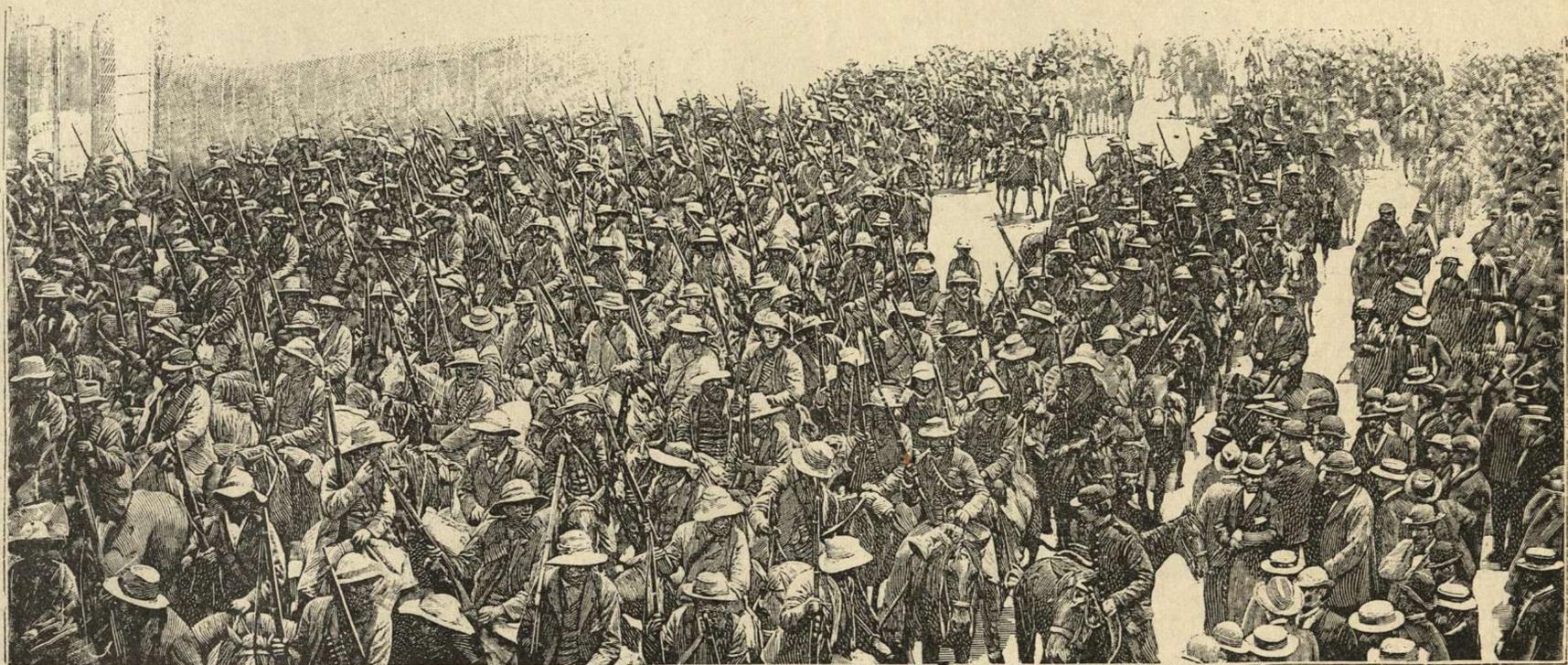
título invocado contra los Boeros es muy dudoso que se aplique en derecho y en equidad á esos heroicos campesinos.

La Holanda se había adherido á la coalición contra Francia, y era muy difícil que se desposase brutalmente al colono del Cabo en el momento en que se

el precio de la sección del Cabo y no habiendo hecho nada la Inglaterra para volverla á posición de él ¿no hacía la Holanda de apoderarse de nuevo de su antigua colonia? Los Boeros lo han comprendido así, de suerte que desde que Pretorius hubo establecido la República Natal, envió secretamente una carta

La traición de los príncipes destruiría acaso el derecho de los pueblos, sobre todo cuando se trata de un pacto tantas veces desgarrado?

Damos con este artículo un grabado que muestra la artillería del Transvaal muy bien organizada, y que no deja nada que desear.



Tropa de boeros en marcha.

hacía pesar sobre él una corona. Como Inglaterra había siempre anhelado la posición del Cabo, se mostraba muy rígida. Se dieron en compensación las provincias belgas al príncipe; pero en 1850 los holandeses se revelaron á un mercado en el cual se les había tratado como á carneros.

Surgió entonces una cuestión á consecuencia de esta infame trágico-comedia; habiendo la Holanda perdido

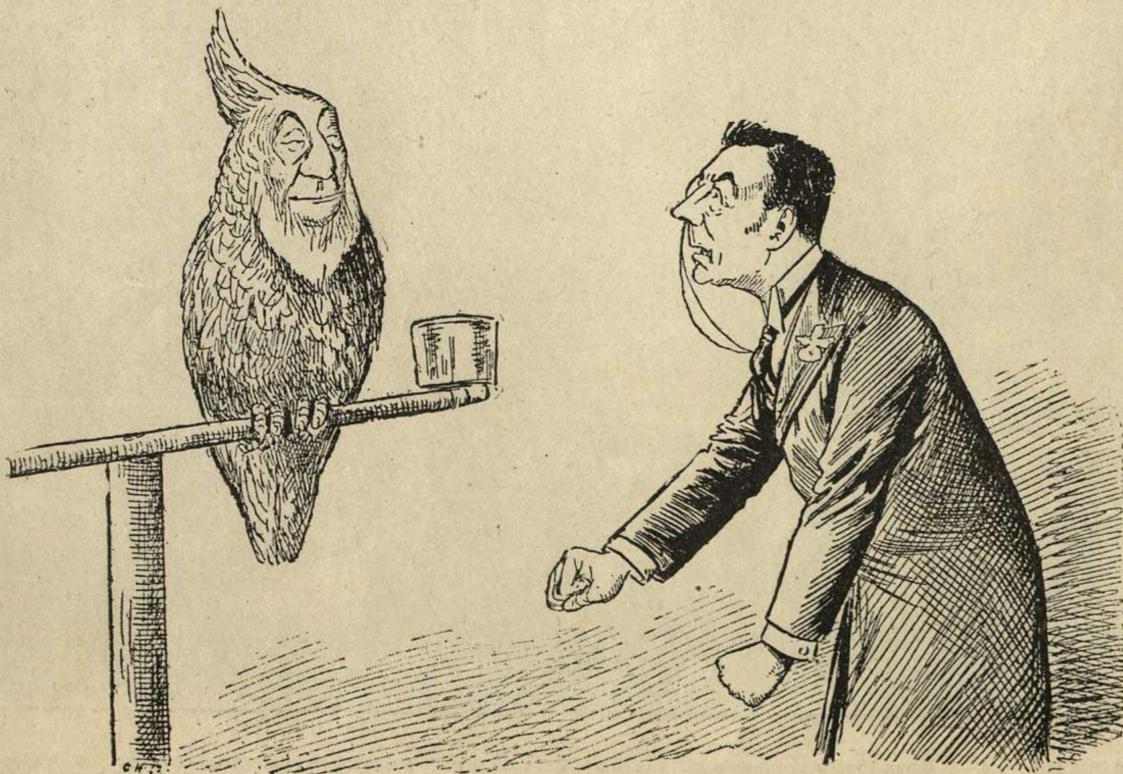
al Rey de Holanda para pedirle su protectorado.

Este monarca prudente no sólo renunció, sino que envió él mismo la carta al gobierno inglés que se apresuró á organizar contra Natal dos expediciones. La cabeza de Pretorius que había firmado la misiva fué puesta á precio y el heroico boero fué obligado á poner los montes del Dragón entre los ingleses y él para escapar al fierro de los asesinos.

Una de nuestras fotografías representa, además, á los voluntarios con su uniforme cómodo y elegante, otra á un grupo de Boeros, y la última á una gran tropa de los mismos en marcha. Los Boeros son una población eminentemente guerrera y eminentemente robusta.

Quiera Dios que el éxito esté de parte de la justicia.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.



Pronuncia bien: «Soberanía,» pero el pájaro no sabe decir más que «Convención.»

La espiritual caricatura que reproducimos está tomada de un periódico de Londres, que la ha publicado para acompañar un manifiesto, justificando la intransigencia de los Boeros sobre la cuestión de tributario. Este documento ha producido un efecto tan considerable, que se ha constituido del otro lado del estrecho un comité de defensa de los Boeros. El Presidente no es otro que Mr. Frederick Harrison, eminente publicista, cuya influencia es grandísima sobre la verdadera Inglaterra, que más de una vez ha detenido las sanguinarias excentricidades del gobierno de los Jingoos. Caricatura más expresiva y más gráfica no puede darse, y ha sido muy aplaudida por los periódicos europeos.



EL GRAN INCENDIO DE CHICAGO EN 1871.

RELATO DE UN TESTIGO PRESENCIAL

— GRABADOS DE LA EPOCA —

COMO FUE.

Con motivo de las suntuosas fiestas que se efectúan en la actualidad en Chicago y que celebran justamente la reedificación de la gran ciudad, surgida esplendorosamente de las cenizas á que la redujo el incendio de 1871; hemos creído de sumo interés publicar la narración que sigue, escrita por un testigo presencial é ilustrada con dos magníficos grabados de revistas de aquella época, conservados á través de mil vicisitudes por la persona que nos los ha proporcionado y que nos comunica á su vez los datos que aprovechamos. Juzgamos que nuestros lectores verán con el interés que merece asunto tan curioso y de tanta oportunidad.

Daba principio la noche del 9 de Octubre de 1871 cuando empezó á cundir la alarma del fuego. Sabido es que los Estados Unidos son el país clásico de los incendios; desde aquella época *batian records* en este sentido; y no es ni ha sido raro jamás que en una noche se cuenten dos.

De aquí que los habitantes, flemáticos de suyo y avesados á las sorpresas no se preocupen mucho de los siniestros, á menos que les toquen muy de cerca. Aquella noche que debía ser célebre en los anales de las grandes catástrofes, los vecinos del barrio en que se incendiaba la casa en que se inició la conflagración, creyeron que se trataba de un incendio común y corriente y se recogieron con toda tranquilidad sin sospechar la magnitud de la desgracia.

El que esto escribe se despertó á eso de las dos de la mañana, merced á un ruido inusitado y anormal en el Hotel en que se alojaba, situado en la Rush Street, cerca del primer puente y denominado *Lake House*.

Descendió rápidamente á la calle y el primer espectáculo que se ofreció á su vista fué el de un rojo piélagos de chispas que llevaban el aire: ¡la atmósfera era un mar de fuego! y estas chispas impulsadas por el viento llevaban rápidamente la desolación á todas partes.

Una multitud inmensa se movía en la calle: La confusión de vehículos y gente era indescriptible. Oíanse gritos por todas partes. Algunas personas, enloquecidas en medio del espanto, clamaron: «Todo el centro de la ciudad está ardiendo. La casa de Correos y el Ayuntamiento están envueltos en llamas.»

Otras, más serenas sugerían á la multitud que se refugiase en la parte oeste de la ciudad, atravesando los puentes.

Por mi parte me apresuré á ligar tres baúles, que me ví obligado á abandonar á poco, en la calle, donde había otros muchos y el movimiento era ya difícilísimo. La gente tenía que ocuparse más que en salvar sus intereses, en evitar que las chispas que á millares llovían sobre todos, incendiases las ropas. La sensación de quemadura que producía sobre la carne aquella infinidad de puntos rojos era intolerable.

Me dirigí hacia el lado oeste de la ciudad, pasando entre dos muros de llamas. El pavimento, de madera y alquitrán ardía también. A lo lejos, á favor de los siniestros fulgores escarlata, se distinguían los esqueletos de los grandes edificios que ardían, así como las torres de las iglesias, y de cuando en cuando una de aquellas moles gigantescas se desplomaba con estruendo.

Desde hacia tres días soplaban sobre la ciudad un viento del Este; la sequedad era excesiva, y esta circunstancia fué favorabilísima para el elemento, acelerando sus progresos.

Por telégrafo se llamó á los bomberos de las ciudades vecinas. La hornaza era tan inmensa, que según se supo después, las llamas se distinguían hasta á



RUINAS DE LA DIVISION NORTE MIRANDO AL SUR HACIA LA CALLE NORTH WELLS.

cuarenta millas de distancia, de suerte que mucha poblaciones relativamente distantes se dieron cuenta del espantoso siniestro.

Después de que gracias al telégrafo se supo en toda su extensión la catástrofe, de todos los rumbos de Estados Unidos llegaron trenes llenos de provisiones, ropa, etc., para los que quedaban sin hogar y sin pan, y que en su mayor parte se alojaban en los templos, durmiendo sobre las bancas.

Aquella multitud de infelices fingía un ejército de emigrantes, con los restos de sus ajueres que habían podido escapar: colchones, baúles, jaulas de pájaros, etc.

Yo me refugié en la iglesia situada en la esquina de las 16 th y Wabash

Avenue, hasta que logré descubrir á algunos amigos, logrando pocos días después salir de la ciudad.

El espectáculo de la floreciente metrópoli envuelta en llamas, considerado desde la parte Oeste de la misma era indescriptible. Ante los ojos se extendía como un gran telón, de fuego que cubría el horizonte en una extensión de ocho millas y que encrestado de llamas gigantescas se elevaba hasta los cielos y parecía querer lamerlos. Quien vió esto no podrá olvidarlo jamás. Yo creo que el incendio en su apogeo duró tres días, mas ocho días después no se podía transitar aún por parte alguna de las que sufrieron el horrible beso de las llamas,

pues se encontraba uno á cada paso el humo sofocante que surgía de las ruinas bajo las cuales había aún materiales en ignición.

Yo pretendí llegar hasta mi hotel, pero me ví precisado á detenerme á ocho ó diez cuadras.

Fué preciso proclamar la ley marcial. Las autoridades de la ciudad se encontraron desde luego sin oficinas. Todas las familias, todos los negociantes, vagaban de aquí para ahí buscando la manera de instalarse, y no era extraño ver bancos y empresas financieras instalados en casucas de madera (*cottages*). El correo fué establecido provisionalmente en una casa particular, y no pudiendo dar abasto al servicio, trabajábase sin descanso frente á una inmensa cauda de gente ávida de comunicar noticias á sus parientes y amigos lejanos.

Los que huyeron amagados por las llamas, sin haber sido advertidos de que debían refugiarse en la parte Oeste de la ciudad, tuvieron que ir hasta *Lincoln Park*. Ahí encontraron un gran cementerio y se guarecieron en las tumbas, comiendo y durmiendo al lado de los muertos, inofensivos ¡ay! en su silencio ante las llamas devoradoras que todo lo reducían á cenizas.

Jamás pudo saberse el número de víctimas sepultadas bajo las ruinas enormes. La ciudad animadísima antes de la catástrofe, animadísima después, fué surgiendo más hermosa que antes de los escombros. La curiosidad y el espíritu de empresa atrajeron innumerable gente. Palidecieron los terribles recuerdos,



1.—Club Standard. 2.—Salón del Congreso. 3.—Depósito M. S. y R. I. 4.—Primera Capilla presbiteriana. 5.—Calle del Congreso. 6.—Primera Iglesia presbiteriana. 7.—Calle del Estado. 8.—Hotel "Pacifico". 9.—Avenida Wabash. 10.—Hotel Bigelow. 11.—Manzana Honore. 12.—San Pablo. 13.—Casa de Correos. 14.—Oficina de La Tribuna y Evening Post. 15.—Primer Banco. 16.—Gran Librería. 17.—Iglesia Metodista Episcopal de la Trinidad. 18.—Palacio del Obispo Católico. 19.—Casino de Chicago. 20.—Depósito Central de Illinois. 21.—Elevador B. 22.—Avenida Michigan. 23.—Izgo Michigan. 24.—Torreza Michigan. 25.—J. I. Scammon.



Pase general para salir de Chicago, otorgado por el Gobernador á las víctimas del incendio.

y hoy Chicago celebra el aniversario de su destrucción con fiestas que harán época, y cuya alegría no turbará la lejana memoria del tremendo siniestro, del cual no existe la menor huella.

Ilustrando estas líneas verán los lectores del MUNDO dos magníficos grabados de recorte de una de las principales revistas de aquella época, y que á pesar del maltrato de los años, muestran detalladamente la magnitud de la ya histórica catástrofe.

ARMANDO MAURIES.

RUINAS DE LA DIVISION SUR.—VISTA DESDE EL TECHO DEL SALON DEL CONGRESO EN LA CALLE DEL CONGRESO, CERCA DE LA AVENIDA WABASH, MIRANDO AL NORTE.



TARDE DE OTOÑO.

Cuadro de José Wencker.



Psiquis, mujer al cabo, era imprudente y curiosa. Mil desventuras le costó su primera curiosidad, cuando quiso ver el rostro del amante dormido y una gota de aceite escapada de la funesta lámpara ahuyentó al hijo de Venus. Desde entonces, y por mucho tiempo, la vida fué para Psiquis una serie de malandanzas. Errante de país en país y de templo en templo, saboreó todas las amarguras; padeció dolores y martirios extraterrenos; de sus ojos, convertidos en manantiales profundos, continuamente desbordados, corrían, cruzando sus mejillas, dos ríos de lágrimas; y caminó tanto, tanto, y por tales veredas, que la sangre varias veces tiñó de púrpura los cándidos jazmines de sus pies, y los jazmines lucían como rosas.

La miseria de Psiquis turbó al fin la impasibilidad augusta de los dioses; y la misma cólera de Venus pasó como los incendios del crepúsculo. Fidelidad y constancia dieron el triunfo á Psiquis, y Psiquis dichosa y en paz reinó sobre la tierra. Su trono, el más alto; su corte la más ilustre: en ésta no había sino grandes artistas, poetas de corazones puros, filósofos de labios disertos. Los aduladores de la reina tenían por incensarios líras, y como único incienso el Verbo, hecho música en las cuerdas, flor de luz en los labios. Pero á tronco tan excelso y cortesanos tan ilustres debían, según dijeron muchos, corresponder en riqueza y esplendor el cetro, la corona y los atavíos reales. Y no más dijeron así, cuando artistas de gusto exigente partieron á buscar, por todas las comarcas del reino, las preciosidades más raras, dignas de resplandecer en la frente, el cuello y las manos de Psiquis; revolviéron tesoros, abondaron minas, rasgaron las entrañas de la tierra y del mar; y la tierra dió su oro y sus gemas: topacios, amatistas, esmeraldas, rubíes de sangre milagrosa, zafiros de tinta ideal, diamantes de aguas puras, mientras el mar profundo y rico, si bien pobre de piedras preciosas, dió, en corales y perlas, lo mejor que tenía de besos muy rojos y ensueños muy cástos.

De vuelta á la corte, los grandes artifices echaron sobre los hombros de la reina el manto de armiño y púrpura; luego se dieron á trabajar el oro, día y noche, puliéndolo, repuliéndolo, cincelándolo, para después embutir en el oro bien trabajado muchas piedras fúlgidas y acabar la corona y el cetro; por último, engarzaron perlas y corales, y un río de corales y perlas corrió por la garganta de Psiquis.

El cetro y la corona, fulgurantes como soles, deslumbraron á la multitud puesta de hinojos á los pies de la reina.

Pasaron días, años, generaciones de hombres, y Psiquis, dichosa y en paz, oyendo música de líras y música de labios disertos, reinaba sobre el mundo.

Pero una mañana, en el silencio de su alcoba real, sola con sus riquezas, que brillaban en la penumbra con fulgores mortecinos, se sorprendió reflexionando en lo inútil de la corona y del cetro, en la mezquindad fastuosa de su manto, en la vana luz de sus joyas, y se arrepintió de haber aceptado como tributo el presente de las gemas. En sus reflexiones llegó á sentir un vago impulso de piedad, acompañado de un movimiento de rebeldía. Se despojó de la corona y el manto, depuso el cetro, y se vió de pies á cabeza, blanca y desnuda, como en remotos días pasados. Nostálgica de su ser antiguo, se avergonzó de vivir disfrazada como una mujerzuela vanidosa. En sus atavíos regios vió una injuria á su belleza incomparable, porque la belleza de sus formas era superior á la belleza de las piedras preciosas más raras, su cabello más rico y luminoso que todas las coronas, su desnudez más casta que el armiño.

No contenta con despojarse del manto, el cetro y la corona, Psiquis resolvió destruir sus riquezas, á fin de no recaer en pecado de vanidad. Pero sus manos, deliciosamente blandas, no sabían destruir como destruye la mano brutal de los hombres. Ella no era capaz de reducir á polvo inerte su fortuna, y de aventar luego el polvo: su piedad, infinita, abarcaba los seres y las cosas, y su piedad era infinita por ser grande su ciencia. Estaba iniciada en todos los misterios de la vida, y ninguno tan prodigioso como el misterio de su propia sangre. Nunca se derramó en vano la sangre de sus venas: en donde ésta caía despertaba el germen de un ser de belleza pura, graciosa y con alas, como la belleza de Psiquis; y á favor de tan inefable virtud, la soberana pensó desembarazarse de sus gemas, convirtiéndolas en frágiles seres primorosos.



Sin echar siquiera una ojeada sobre la funesta lámpara que debía de recordarle su imprudencia de antaño se dispuso á realizar su pensamiento en la faja de luz que desde una ventana entreabierta llegaba á morir á sus pies. Con un largo estilo, áureo y tenue como rayo de sol, hincaba sus dedos, y después con el estilo húmedo de sangre tocaba las piedras preciosas hasta no dejar ni una sin el extraño bautismo sangriento.

Al contacto de la sangre hubo en todas las piedras un estremecimiento de vida, y las gemas dejaron de ser piedras para convertirse en larvas. Muy pronto desperezos de alas estallaron en las orugas de color; y corales y rubíes fueron mariposas de alas rojas, las esmeraldas mariposas verdes, los diamantes y las perlas mariposas blan-

cas, el zafiro marimosa azul, en tanto que de las piedras policromas volaron policromas libélulas.

Psiquis, como todos los creadores, halló buena su obra, y se regocijó mucho al ver su tesoro convertido en bandada de insectos. Libélulas y mariposas, antes de huir, se posaron en la frente, el seno, la espalda y sobre todo en el cabello destrenzado de Psiquis, y en el cabello destrenzado mariposas y libélulas fingieron un torrente de pedrería; luego, revolotearon, llenando la estancia real de música de alas y palpitaciones de élitros, para escaparse al fin al través de la ventana entreabierta y perderse á lo lejos, como Psiquis las vió perderse, entre las flores, entre los árboles, en el cielo azul, amándose al aire y al sol, muy libre y sanamente.

La reina, con refinada lentitud, saboreó su acto piadoso y, satisfecha de haberse conducido según el amor y la verdad, no adivinó las consecuencias fatales de su obra. Ah! no hay como la piedad para cometer grandes errores, y el acto piadoso de Psiquis fué el último y el mayor de sus errores. Cuando se apareció de nuevo ante los hombres, cuando su belleza, en lo alto del trono, surgió blanca y desnuda como un lirio, los hombres la desconocieron: miopes estultos, de no ver sino el esplendor de las joyas, habían olvidado la belleza incomparable de Psiquis. Y no solamente la desconocieron: entre la multitud hubo imbéciles que gritaron al verla: inmoralidad! infamia! usurpación!

A tales gritos, la muchedumbre puesta en pié, desconcertada y loca, semejante á una ebria de mil cabezas empezó á girar, á remolinar, á titubear, sin saber hacia dónde dirigirse, falta de amo, sin saber ante qué ídolo postrar sus rodillas de sierva habituada á la genuflexión, y así estuvo, desesperando y vacilando, hasta caer á los piés de un grotesco mamarracho de oro, que tenía forma de asno, con aire grave de pensador taciturno, sobre lomos y anca un trapo carmesí y por ojos dos inmensas crisolitas.

Aún en lo alto del trono, Psiquis experimentó la sensación desesperante que han matado después á muchos hombres, la sensación angustiosa de una soledad infinita en medio de la muchedumbre. Viéndose perdida para siempre, bajó del trono y, como en su antigua romería expiatoria, se fué por el mundo, de templo en templo, de país en país, caminando, caminando, porque sus alas entorpecidas por la inacción no recordaban el ímpetu glorioso del vuelo. Recorrió todas las comarcas, de las cuales había sido reina y señora, y en ninguna parte la reconocieron los sú-

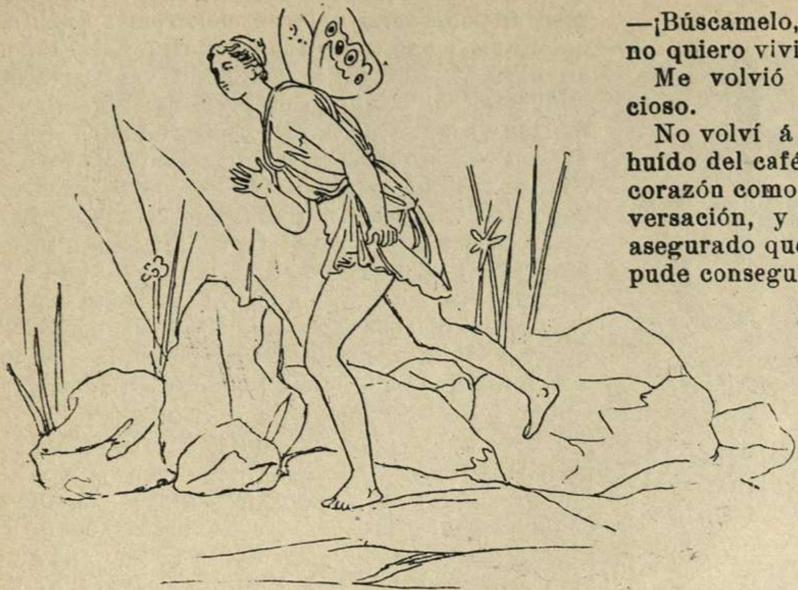
ditos; despojada como iba de suntuosas insignias reales

Por fin, después de muchos desengaños, decidió alejarse de los hombres y vivir, mientras las alas débiles cobraban nuevos bríos, en cumbres deshabitadas. Y así, alejándose de los hombres, vengóse de éstos, pues á medida que ella se alejaba, los hombres padecían más y más de una extraña ceguera que les obligaba á ver las cosas como al través de un velo áureo.

Pero los dioses reservaban á Psiquis, como la suprema alegría del vuelo, la alegría de hallar en una de las cumbres á las cuales trepó, en la cumbre más alta, al único de sus vasallos que supo reconocerla porque la nube color de oro no empañaba sus pupilas. Era un pobre diablo moribundo en la

flor de los años, mitad mendigo, mitad trovero. Bohemio le llamaban desdeñosamente los hombres y lo creían estúpido porque despreció la riqueza, el poder y los abrazos infames. No tenía sino un manto agujereado por las lluvias del cielo y las piedras del camino, pero él no se hubiera trocado por el más rico poseedor de tesoros. Durante su vida vagabunda recogió claros de luna, puestas de sol, gorjeos de pájaros, fragancias y músicas del bosque, y con todo eso construyó sueños, muchos sueños, hasta haber en su alma tantos sueños como hay celdas en el panal y flores, por primavera, en las acacias.

Y como Psiquis no sabía de ingratitudes, no desamparó esa alma de poeta; antes bien la llevó consigo, al irse en busca de un mundo nuevo, no



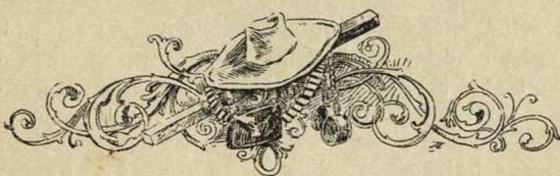
—¡Búscamelo, por Dios! ¡yo no puedo vivir así, no quiero vivir así!

Me volvió la espalda y salió hosco y silencioso.

No volví a ver a Libélula en dos días. Había huído del café porque decía que un hombre sin corazón como él, no gustaba el placer de la conversación, y aunque para curarle le había yo asegurado que todos le echábamos de menos, no pude conseguir que volviera. Le vimos dos noches acercarse al puesto del fosforero y comprar un periódico que leía rápidamente bajo el faro de la esquina de la calle del Arenal, sólo la cuarta plana, porque me aseguró muy serio que era materialmente imposible que nadie hubiese encontrado la viscera preciosa que había perdido, en cuyo caso, y si era persona de conciencia, debía anun-

manchado de humanidad: y siempre en compañía de esa alma voló, hasta posar los cándidos jazmines de sus pies en la Vía Láctea luminosa y desaparecer por la gran ruta del cielo, blanca y azul, empedrada de zafiros y diamantes.

MANUEL DÍAZ RODRIGUEZ.



CUENTO FANTASTICO.

El corazón de Libélula.

—Serénate, Libélula —dije al pobre muchacho poniéndole la mano en la espalda. Lo que acabas de decir es un disparate. . . . Sí, un disparate sin precedente, añadí con mayor energía al ver que Libélula movía negativamente la cabeza. —Bueno, pues pon aquí la mano —me contestó muy serio, llevando mi diestra al lado izquierdo de su pecho. ¿Sientes algo? —No, le contesté; nada siento, pero eso no prueba nada. La circulación es en tí lenta y silenciosa, y el centro de la vida trabaja hondo en tu pecho. Libélula volvió a mover la cabeza de derecha a izquierda. Evidentemente no había manera de convencerle. —Oye, —me dijo fijando en mí sus ojos enérgicamente expresivos: —tan cierto como que yo daría por tí la vida si me la pidieras, es que desde hace ocho días ando por ahí sin corazón. ¿Qué sabes tú de esto si no te ha sucedido jamás? Te digo que lo he perdido hace ocho días, en mitad de la calle, no sé de cual, cerca, cerca de la casa de ella. Por allí ha debido caérseme, por allí debe estar.



Cojió mis manos entre las suyas que ardían con la fiebre, y antes de irse me dijo mirándome con expresión de súplica tan honda que me dió frío:



ciarlo un día ú otro. ¿Para que podía querer nadie el corazón de Libélula teniendo ya uno? No ví jamás idea fija más enérgica incrustada en cerebro alguno. Cuando por vez primera nos refirió el hecho, me aterró el aplomo con que lo contó. —Iba yo a su casa, de noche, nos dijo, cuando ella no puede distinguirme en la calle, porque ya sabéis que no quiere verme, y de pronto, al abrocharme, porque sentía frío, eché de menos el corazón. Palpé por todas partes metía los dedos con ira por las costillas. . . . Nada, ya no estaba allí. Volví atrás, registré todo el camino. . . . Tampoco. Llamé a un guardia, le conté lo que me pasaba, y el imbécil me contestó que no podía ser. ¿Conque no podía ser, y yo, que era el interesado, había dejado de sentirle en el pecho? Busqué yo solo. . . . y nada. Me fui a casa y en el camino vi el cuerpo de un asesinado, en el arroyo, guardado por los serenos y con tremenda expresión de agonía en el rostro. ¡Y le miré y pasé sin sentir nada, como quien ya no tenía corazón. Y pensando en ello a solas, en mi cuarto, maldije de mí mil veces y no me pegué un tiro porque no sentía. . . . ¡La falta del corazón, os digo!

**

Me puse el frac y fui a verla; a ver si aquella mujer quería hacer la caridad de curar a Libélula de su terrible manía, aunque fuese engañándole. Yo tenía duda de que por ella andaba mi pobre amigo tan desequilibrado de facultades, y si ella no había perdido también el corazón, se apiadaría. Iba aquella noche de baile y la encontré en el jardín. Parecía con el abrigo de pieles una emperatriz bajando a dar a su pueblo la limosna de la vista de su persona. Tomó mi brazo y seguimos un rato a pie. Se lo conté todo, y al oír la rareza de la manía del pobre Libélula, se rió con la risa fresca y juvenil que a mí me pareció una puñalada, por tratarse de cosa tan seria, pero no la dije nada, ni retiré el brazo. Llegué a sentir miedo. Llegamos silenciosos hasta la calle, y como dijo que tenía fríos los pies, quiso seguir andando un rato. En la esquina de una calle, solitaria como todas las de aquel barrio aristocrático, me detuvo de pronto apretándome el brazo. Me paré en seco y ella se inclinó hacia el suelo, donde distinguí algo que me pareció una piedra. Se irguió en seguida y dijo: —¡Toma, pues era verdad! Es el corazón de Libélula. Lo apartó con el pie, regamente calzado, llamó al coche, subió, se despidió de mí y me quedé en el medio de la calle, clavado por el espanto.

Volví temblando a la acera y recogí el corazón de Libélula, que con el pequeño puntapié de ella había rodado hasta el arroyo. Noté que según iba andando, el corazón, que llevaba cuidadosamente envuelto en un pañuelo, se esponjaba agradecido al sentir el calor de alguien que le trataba compasivamente y ¡hechos extraños que se producen cuando pasan por nuestra vida real y prosaica girones de fantasía! hasta me pareció que la humedad que el corazón destilaba en el pañuelo, eran lágrimas del infelicísimo Libélula.

Entré en el café y llamé aparte a Artiera, el médico de todos nosotros, y juntos nos fuimos al cuarto piso de Libélula. Hacía ya dos horas que estaba dormido y no quiso Artiera despertarle; con ayuda del cloroformo, insensibilizó al hombre sin corazón, y luego, delante de mí, que temblaba de espanto, con maravillosa destreza le abrió el pecho y colocó en su sitio el corazón, como quien coloca una pieza de relojería, dándole luego movimiento con un golpe del dedo índice. . . .

Pero la locura de Libélula era irremediable. Tuvo su corazón, pero no le dejó el punzante recuerdo de ella. —Esto no tiene remedio, nos dijo en el café, días antes de que le lleváramos al manicomio. Le siento aquí, pero enfermo; alguien



le hirió antes de que me lo encontrárais y me lo devolvierais.

Y todavía cuando vamos á verle á la casa de salud, los días de hermoso sol que templá á oleadas tibias el jardín del manicomio, suele decirnos con melancólica sonrisa y resignado acento:

—¿Oís? Tic-tac tic-tac... lo mismo que antes, pero más despacio, como si le doliese la herida. Y se queda como en doloroso éxtasis, mirando al cielo con sus ojos dulces y serenos, y la mano derecha junto al corazón... ¡Pobre Libélula!

FEDERICO URRECHA.

SERENATA.

Princesita, princesita
Tan bonita,
Sal á hablarme á tu balcón,
Traigo versos, traigo flores,
Traigo amores
Y un rayito de ilusión.

Ya la luna misteriosa,
Vaporosa,
En las nubes se escondió;
Y la estrella blanca y bella,
Nuestra estrella,
La que amamos, ya surgió.

Ya del bosque en la enramada
Perfumada,

Canta alegre el ruiseñor:
¿Qué no escuchas lo que canta,
Que le encanta
Seas la reina de mi amor.

Ya la fresea enredadera
Hechicera
Al oírme despertó
Y sus hojas en guirnalda
De esmeralda
Para ornarte preparó.

Princesita, princesita
Tan bonita;
Sal á hablarme á tu balcón,
Traigo versos, traigo flores
Traigo amores
Y un rayito de ilusión.

DAVID.



Luego despertarás, sin un reproche,
Bendiciendo tu dicha y mi fortuna,
Sola y dormida estabas, es de noche,
Y entré... como entra un rayo de la luna.

Si de tus ojos grandes te envanece,
Si te recreas en tus labios rojos,
Si amas tus luminosas morbideces,
Es porque son festín para mis ojos.

¿A qué, pues, recatarme tus primores
Que exaltan mi ardorosa fantasía?
Mentir enojos ó finjir pudores,
Indigna farsa para tí sería.

Ni temes encender celos ó agravios
Con una confidencia que me asombre:
¿Hablas dormida? Pues dirán tus labios
Inefables ternezas y mi nombre.

Soy tuyo y eres mía... Eternamente
Surgen con simultáneas vibraciones,
Un mismo pensamiento en nuestra mente
Y en nuestro cuerpo iguales sensaciones.

Duerme, Nelly! Tu lámpara süave
Envidiosa tal vez, nos acompaña,
Y afuera se alza misteriosa y grave
El nocturno rumor de la montaña.

¿Por qué tiembblas? ¿Por qué ya no sonríes
Con la ingénuo sonrisa de la cuna?
Duerme Nelly! Soy yo, no desconfíes,
Entré... como entra un rayo de la luna.

¿Qué pesadilla trágica te asalta
Y el espanto en tu frente deja impreso?
¿Lloras Nelly?... Ya sé lo que te falta:
Acércame tus labios, toma un beso!

Me abres los brazos... ¡ah! bedito sea
Tu amor... No temas dolo ni perfidia!
La lámpara vacila, parpadea
Y muere... ¡pobre! se murió de envidia.

JAVIER SANTA MARÍA.

¡Qué bella estás durmiendo! Ríe leda
La inocencia en tu faz blanca y tranquila,
Y al través de tus párpados de seda
Centellea tu mágica pupila.

¡Qué opulenta del lecho entre el armiño
Emerge tu belleza soberana,
Mientras duermes con hábito de niño
Y desnudeces de deidad pagana!

Lámpara de cristal color de rosa
Ilumina tu alcoba de princesa,
Desliza por tu lecho luz medrosa
Y con sus rayos tímidos te besa.

Así te quise ver... Cuando dormida,
Plena y augusta paz tu pecho siente;
Cuando las tempestades de mi vida
No amontonan sus nubes en tu frente.

No vine aquí traidor ó temerario
Esclavo torpe de pasión impura:
Soy creyente, penetro en el santuario,
Y es fé mi amor y culto mi ternura.

Junto á tu lecho caigo de rodillas
Y absorbiendo el deleite en que me bañas,
Ni aún me atrevo á besar en tus mejillas
La sombra que proyectan tus pestañas.



La nueva temporada de Opera.

LAS ARTISTAS.



1.—SEÑORITA LEA SANGIORGIO,
Prima Donna Soprano ligera.

2.—SEÑORITA AMANDA CAMPODONICO,
Prima Donna Mezzo Soprano absoluta.

3.—SEÑORITA ADELINA PADOVANI FARREN,
Prima Donna Soprano ligera absoluta.

4.—SEÑORA ADELA GINI PIZZORNI,
Prima Donna Soprano Dramática absoluta.

5.—SEÑORA LEONILDA GABBI,
Prima Donna Soprano Dramática.

6.—SEÑORITA SERENA VARESA DEI RONCONI,
Prima Donna Mezzo Soprano.

7.—SEÑORITA EMMA CRIPPA,
Soprano ligera.

